

MEMORIAS POLÍTICAS DE ANTONIO I. VILLARREAL

EL ROMPIMIENTO CON EL GRAL. VILLA

CÓMO SE INICIARON Y CÓMO ACABARON

LAS PLÁTICAS ENTRE VILLISTAS Y CARRANCISTAS

En un ambiente de gran cordialidad se reunieron
en Torreón los delegados de ambas facciones sin que los jefes
–Carranza y Villa– intervinieran en las discusiones
ni hicieran presión sobre sus representantes

DON VENUSTIANO —Y NADIE MÁS— FUE EL CULPABLE DEL SANGRIENTO CISMA DE 1915

Carranza desconoció todo lo hecho por sus representantes
en las conferencias de Torreón, precipitando así una guerra
que costó millares de vidas al país; Villa, en cambio,
era sincero, y tenía grandes deseos de un arreglo

CAPÍTULO IX

Las conferencias de Torreón se iniciaron en un ambiente de cordialidad. Representaban a la División del Noreste, los generales Antonio I. Villarreal, Cesáreo Castro y Luis Caballero; eran delegados de la División del Norte, el

ingeniero Manuel Bonilla, el doctor Manuel Silva y el general José Isabel Robles. Ante la necesidad de que las dos delegaciones tuvieran a sus respectivos secretarios, la de la División del Norte designó al general Roque González Garza y la del Noreste a Ernesto Meade Fierro.

Empezaron las discusiones sobre la mejor forma de evitar un rompimiento entre el general Francisco Villa y sus generales, y el Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, y desde el primer momento se constató que tanto una como la otra parte estaban deseosas de llegar a un acuerdo definitivo.

Aparte de los seis delegados, no hubo otra persona que interviniera en las conferencias. El general Francisco Villa, quien parecía muy interesado por que se llegara a un feliz acuerdo entre los representantes de ambas divisiones, se abstuvo en lo absoluto de dar opinión alguna sobre los trabajos que se llevaban a cabo.

Villa se concretaba a llegar en su automóvil todos los días, exactamente a la una de la tarde, a las puertas del edificio del Banco de La Laguna, donde se efectuaban las conferencias. Allí esperaba a que los delegados de ambas divisiones terminaran sus labores para llevarlos a su residencia y sentarlos a su mesa.

Durante la comida, era el general Villa quien llevaba la conversación. Platicaba animadamente, gustando, sobre todo, recordar los pasajes más importantes de su vida prerrevolucionaria, aunque para él, la revolución contra el gobierno del general Díaz había empezado desde que allá por los años anteriores al Plan de San Luis había sido prófugo de la justicia.

EL ALMA PRIMITIVA DE FRANCISCO VILLA

Alguna vez, algún comensal dirigiéndose al general Villa, hizo observar que el general Villarreal podía ser considerado como de los primeros revolucionarios antiporfiristas, ya que se había iniciado en las luchas políticas desde 1905.

Villa, al escuchar esta observación, dijo con toda ingenuidad:

—Pero para ese tiempo, ya hacía varios años que yo andaba sublevado contra Porfirio Díaz.

Y a continuación el jefe de la División del Norte explicó cómo antes de 1904, y siendo prófugo de la justicia, había tenido varios encuentros con las

fuerzas rurales, confundiendo, sinceramente los encuentros que pudo haber tenido como abigeo, con los encuentros como jefe de un grupo político revolucionario.

OTRO INCIDENTE

Esta alma primitiva de Villa fue puesta de manifiesto en otra ocasión. Desde el momento que había hecho subir a los delegados de la División del Noreste en su automóvil para llevarlos a almorzar, éstos habían notado que el general no podía ocultar alguna contrariedad sufrida. Y en efecto, así era.

Ya sentado a la mesa, y dirigiéndose a sus amigos, dijo, no sin cierto tono de amargura:

—*¿Qué creen que me acaba de pasar compañeritos?*

Los invitados, intrigados por la actitud de Villa, se dispusieron a escuchar atentamente lo que éste iba a referir. El guerrillero continuó:

—*Ya verán compañeritos, que fui a darle el pésame a la viuda de mi compañerito X. Cuando llegué a la casa de mi comadrita, oí que en una casa vecina estaban tocando el piano y cantando, sin respetar al difunto.*

—*¿Cómo es eso, comadrita? ¿Qué clase de vecinitas tiene usted que no saben respetar el dolor del prójimo?* —le pregunté a mi comadrita, y entonces me dijo que ya había mandado varios recados suplicando que no siguieran tocando el piano y cantando, pero que no le habían hecho caso.

Entonces, fui a ver a las vecinitas a suplicarles que dejaran de cantar, pero me recibieron muy mal, diciéndome que eran muy libres en su casa, para hacer lo que quisieran.

—*¿Saben ustedes con quién hablan?*”, les dije, y me contestaron:

—*“No, ni nos interesa....”*

Yó, muy disgustado, les dije:

—*“Pues sepan que hablan con Francisco Villa”.*

El jefe de la División del Norte, ya en tono exaltado, agregó:

—*Me enojé tanto con esas mujeres que no saben respetar el dolor del prójimo, que le di un puñetazo en la cabeza a la dueña de la casa y me salí muy disgustado, pero contento porque ya no seguirían molestando a mi comadrita.*

UNA IMPRUDENCIA DE CARRANZA

Las conferencias entre los representantes de las divisiones del Norte y Noreste continuaron en un ambiente de serenidad, hasta que un grave incidente estuvo no solamente a punto de hacerlas fracasar, sino que también puso en grave peligro a los delegados del Noreste.

Tenía el general Villa un admirable servicio de espionaje. En las poblaciones fronterizas americanas, los agentes de Villa desarrollaban una actividad asombrosa y habían logrado interceptar todos los mensajes de Carranza y los amigos de éste que pasaban por las líneas telegráficas de los Estados Unidos.

En uno de los tantos mensajes del Primer Jefe que eran interceptados diariamente y transmitidos a Villa, Carranza ordenaba al general Benjamín G. Hill, quien se encontraba en el norte de Sonora, reanudara las hostilidades contra las fuerzas de Maytorena, a pesar de que la suspensión de éstas había sido el primer acuerdo tomado en las conferencias de Torreón.

Al tener en su poder el mensaje de don Venustiano, Villa llamó a los generales Villarreal, Castro y Caballero, y les dijo:

—Miren nomás a lo que los expone ese viejo Carranza. Mientras ustedes están platicando a favor de la paz, este viejo ordena que sigan las hostilidades. Pero no molestaré a ustedes; así es que sigan trabajando, para que hagan algo de provecho para la patria...

VILLA ERA SINCERO

Los delegados a la conferencia continuaron sus labores, pero Villa, como represalia por la orden de Carranza, dispuso la incautación de una fuerte cantidad de “bilimbiques” que había entrado al país por Ciudad Juárez, así como la aprehensión de los encargados por el Primer Jefe para recibir y resellar la remesa de billetes. Este acto de Villa fue considerado por Carranza como hostil a la primera jefatura y exigió enérgicamente la devolución de los “bilimbiques” incautados, expresando que las conferencias no continuarían en tanto que el general Villa no suspendiera su acuerdo.

El Jefe de la División del Norte llamó nuevamente a los tres delegados del Noreste. Ya éstos en su presencia, abrazó efusivamente a Villarreal, y mientras que gruesas lágrimas corrían por sus mejillas, decía:

—*Yo quiero mucho a don Venustiano, compañerito, pero don Venustiano no me quiere... Vea usted todo lo que he hecho por ese viejo, y vea, compañerito, cómo me paga.*

Villa estaba realmente conmovido, y al hacerle el general Villarreal la súplica de que devolviera los “bilimbiques” incautados, ordenó en el acto que así se hiciera y al mismo tiempo que se pusiera en libertad a los empleados carrancistas detenidos.

Después de este incidente, los delegados a las conferencias pudieron ya suscribir un pliego, conforme al cual se establecía el compromiso de que todos los grupos revolucionarios continuarían luchando unidos para derrocar al régimen huertista y que, para zanjar las últimas dificultades que existieran, se reuniría una convención revolucionaria que sería la última en fijar las bases de la unificación y crear un gobierno integrado por los elementos constitucionistas.

CARRANZA DESCONOCE LO HECHO

Cuando los tres delegados de la División del Norte regresaron a Saltillo para informar a don Venustiano sobre el resultado de las conferencias de Torreón, encontraron que el Primer Jefe estaba inconforme con los acuerdos tomados.

Las objeciones que hacía Carranza consistían en que no se hubiera acordado en las conferencias deponer al general Villa del mando de la División del Norte, así como que consideraba impolítica la resolución de que se llamara a una convención revolucionaria. Estas objeciones fueron hechas por Carranza no solamente a los tres delegados, sino también en la reunión de los generales del Noreste que se efectuó poco después.

Para desligarse del compromiso de honor que había contraído desde el momento que él mismo había indicado la necesidad de las conferencias de Torreón y él mismo había propuesto a los delegados de la División del Noreste, Carranza recurrió a un acto político que carecía de todo fondo de verdad.

Carranza, inconforme con los acuerdos, arguyó que éstos habían sido tomados entre los representantes de dos divisiones, y que, por lo tanto, la primera jefatura no tenía por qué acatarlos.

Esta actitud del señor Carranza disgustó profundamente al general Villarreal, quien estuvo a punto de decir la verdad, pero considerando que aque-

llos momentos eran tan delicados y sus palabras provocarían la ruptura entre Carranza y Villa, prefirió esperar la reunión de la convención revolucionaria.

COMISIÓN DE CARVAJAL

El Primer Jefe continuaba dictando las órdenes para iniciar el avance sobre la Ciudad de México, cuando llegó a Saltillo una comisión del gobierno de don Francisco Carvajal, tratando de negociar la paz en nombre del presidente que había sustituido al general Victoriano Huerta. Integraban esta comisión el general Lauro Villar y el licenciado Gutiérrez Allende, y en calidad de secretario el licenciado Salvador Urbina.

Villarreal fue comisionado por Carranza para que hablara con los representantes del gobierno de Carvajal, quienes desde el primer momento expusieron que uno de sus principales puntos era que el Primer Jefe suscribiera la promesa de seguir reconociendo al ejército federal como ejército de la nación.

Esta primera petición fue suficiente para que las pláticas fueran terminadas por el general Villarreal, quien expresó a los delegados de Carvajal que solamente por acto de cortesía, y por la simpatía que Carranza sentía por el general Villarreal, era por lo que se había accedido a la primera conferencia; y que en cuanto a la existencia del ejército federal, el gobierno de la revolución sólo admitiría la rendición incondicional.

JEFE MILITAR EN EL NORTE

Días después de esta conferencia del general Villarreal con los representantes de Carvajal, don Venustiano renovó al primero sus deseos de que quedara constituido el gabinete; pero indicándole que consideraba casi imposible que la integración de ese gabinete se llevara a cabo antes de la ocupación de la Ciudad de México, debido a que el señor Iglesias Calderón tendría que partir a desempeñar una comisión a Washington. El licenciado Cabrera había recibido otra comisión tan delicada como la de don Fernando, y dirigiéndose a Villarreal, agregó Carranza:

—Y a usted, general, lo necesito en el norte, mientras que el Ejército Constitucionalista avanza sobre la Ciudad de México.

El Ejército Constitucionalista avanzó, en efecto, sobre la capital de la República. Permaneciendo Villarreal en esa población, el señor Carranza, telegráficamente se dirigió a él, invitándolo para que se uniera a su comitiva.

Villarreal se reunió al séquito de Carranza cuando ya las puertas de la Ciudad de México habían quedado abiertas al Ejército Constitucionalista. El Primer Jefe invitó entonces al gobernador de Nuevo León para que entrara junto con él a la capital. A la entrada triunfal de las huestes carrancistas a la Ciudad de México, Obregón marchaba a la derecha de Carranza y Villarreal a la izquierda.

COMISIONADO ANTE ZAPATA

Apenas instalado Carranza en la capital, el general Villarreal recibió una carta del licenciado Antonio Díaz Soto y Gama, su viejo amigo y compañero, que se encontraba en el campo zapatista, en el cual Soto y Gama le decía: “Con agraristas como usted y Cabrera, el zapatismo se entenderá”.

Creyendo que la carta de Soto y Gama abría la posibilidad de un entendimiento del gobierno constitucionalista con los zapatistas, el general Villarreal mostró la carta recibida al Primer Jefe, quien se mostró interesado en la iniciación de pláticas con Zapata, para lo cual lo dio desde luego su representación al general Villarreal y al licenciado Cabrera.

Antes de partir para Cuernavaca, los comisionados visitaron a don Venustiano para recibir instrucciones. El señor Carranza dijo a Cabrera y Villarreal, que con toda franqueza podían decir a Emiliano Zapata que la revolución constitucionalista no se oponía a la reforma agraria, en la inteligencia de que los mismos zapatistas quedarían autorizados para resolver el problema agrario en Morelos en la forma que considerasen más rápida y efectiva. Por lo que respecta a los problemas militar y político del estado dominado por los zapatistas, Carranza instruyó a sus representantes para que informaran a Zapata que el Primer Jefe lo autorizaría para que se entendiera con el nombramiento de las autoridades civiles y militares dentro de la zona dominada por sus fuerzas.

Con estas instrucciones de Carranza, y llevando en calidad de secretario a Juan Sarabia, partieron Villarreal y Cabrera para Cuernavaca, en donde creían encontrar al general Zapata.

Las rupturas en el constitucionalismo

EN CUERNAVACA

Desde el momento que llegaron a la capital de Morelos, los comisionados de Carranza se dieron cuenta de que eran objeto de la hostilidad de los jefes zapatistas. Era comandante de la plaza el general Manuel Palafox, a quien se consideraba como uno de los hombres de mayor ascendiente sobre Zapata. Zapata, según los informes obtenidos por los comisionados, se encontraba en Tlaltizapán, por lo cual se dirigieron a Palafox, pidiéndole que hiciera llegar a conocimiento del jefe de los surianos la noticia de su llegada, y de la comisión de que eran portadores.

Probablemente Palafox informó a Zapata de la llegada de los enviados de Carranza, y mientras que el jefe respondía a su lugarteniente, con cierta morbosidad, se dedicaba a hablar a Cabrera y a Villarreal de las tantas gentes que habían sido fusiladas por el zapatismo, debido a que se habían internado en Morelos como parlamentarios de tal o cual facción.

Palafox se complacía en hablar del fusilamiento de Pascual Orozco Sr., sin dejar de insinuar que los delegados de Carranza podían correr la misma suerte. Y a estas insinuaciones se unían las advertencias que a los comisionados hacían algunos zapatistas, quienes no dejaban de hacerles saber que corrían gran peligro si permanecían en Cuernavaca.

Hacía varios días que los representantes del constitucionalismo se encontraban en Cuernavaca sin tener la menor noticia de Zapata y sin que Palafox les dijera claramente si podrían o no ver al jefe de los surianos, cuando el general Lorenzo avisó a Villarreal que tenía noticias ciertas de que se pretendía asesinarlo a él y a Cabrera.

(Continuará el próximo domingo)

Segunda sección de *La Opinión*, Los Ángeles, California, domingo 12 de enero de 1936, año x, núm. 119, pp. 1-2.